
Carlos ÁLVAREZ, Henri DE LUBAC y Michel DE CERTEAU, *Le débat entre théologie et sciences humaines au regard de la mystique et de l'histoire*, Paris: Cerf, 2024, 570 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-2204158282.

El libro de Carlos Álvarez, jesuita chileno y profesor en la Pontificia Universidad Católica de Chile, trata de la relación compleja –personal e intelectual– entre dos figuras emblemáticas del catolicismo francés del siglo XX: el

teólogo Henri de Lubac SJ (1896-1991) y su discípulo, historiador y teólogo, Michel de Certeau SJ (1925-1986). Pertenecientes a dos generaciones distintas, los dos representan también posturas diferentes en el modo de ver la historia reciente de la Iglesia católica: el Concilio Vaticano II y el llamado *aggiornamento*. Mientras que De Lubac, que había participado en la elaboración de los documentos conciliares, se dedicó a mostrar la perfecta continuidad del concilio con la gran tradición católica, De Certeau devino uno de los protagonistas de la teología progresista, y consideraba que el Vaticano II era un mero punto de partida para los ulteriores cambios doctrinales y disciplinares. El profesor Álvarez analiza la obra de los dos intelectuales, trazando continuidades y discontinuidades entre ellos. Para hacerlo, se sirve tanto de los principales libros y artículos de cada uno, como de cartas que intercambiaron y, también, de comentarios que hacían mutuamente de sus escritos.

El libro se divide en tres partes; la primera está dedicada a la “producción del cuerpo”. Con esta expresión de proveniencia certeliana el autor se refiere al proceso de la renovación de la Iglesia, tal como fue entendida por Henri de Lubac y teólogos de su generación. El “cuerpo” significa aquí una interpretación teológica total de la realidad, es decir, tanto una doctrina, como una organización de la vida (p. 21). En los tres capítulos de los que consta la primera parte, el profesor Álvarez procura resumir el legado intelectual y espiritual de la “generación De Lubac”, retomado por los teólogos jesuitas más jóvenes, entre ellos De Certeau. Luego se centra en la lectura que hace Michel de Certeau de las fundamentales obras lubacianas. El autor resalta tanto la huella profunda que De Lubac dejó en la manera de pensar de su joven colega, como las divergencias visibles ya en esta etapa.

La segunda parte del libro trata de la “desestabilización del cuerpo”, ocurrida en el posconcilio. Los dos protagonistas del libro toman en ese tiempo caminos diferentes. De Certeau contribuye a dicha desestabilización, viéndola como la única oportunidad que la Iglesia tiene para no perder el contacto con la época presente, mientras que De Lubac, anteriormente considerado “progresista”, ahora se esfuerza a mostrar el peligro de la pérdida de la continuidad de la Tradición. Una de las primeras ocasiones que ponen de manifiesto la divergencia entre los dos teólogos fue la elaboración del famoso “Esquema XIII”, que luego devino la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* (pp. 170-173). Los dos se muestran moderadamente críticos frente al texto, pero por razones diversas: mientras que De Lubac critica la falta de un firme fundamento cristológico, De Certeau lo ve como insuficientemente implica-

do en el diálogo con las corrientes intelectuales que empezaban a prevalecer en el mundo.

Hay aquí un punto digno de considerar: como muestra Álvarez, la “generación De Lubac” hizo un esfuerzo enorme de recuperar la vena humanista propia de la teología patristica y establecer el humanismo como base común del diálogo con el mundo no creyente. Sin embargo, en los años 60’ esa base ya carecía de utilidad, puesto que las ciencias humanas se identificaban ampliamente como posthumanistas. El estructuralismo, el psicoanálisis, la “arqueología del saber” (Michel Foucault), que en ese tiempo estaban en auge, proclamaron el destronamiento del hombre como sujeto racional y libre en favor de las fuerzas subterráneas: los instintos, las estructuras socioculturales y los juegos del poder (pp. 217-221). Los teólogos, tanto de la *nouvelle théologie* como de la vieja neoescolástica, se encontraron por igual poco dispuestos para entrar en diálogo con este ambiente intelectual. De Certeau, en cambio, se sumergió en él y lo consideraba cada vez más como su propio habitat (p. 272).

Al ser influido por las nuevas corrientes en las ciencias humanas, Michel de Certeau asumió que el lenguaje religioso, lejos de ser una expresión objetiva del ser divino, era síntoma de una formación cultural. En consecuencia, cada vez que el cristianismo entra en una cultura nueva, tiene que expresarse de nuevo y sólo así puede conservar la actualidad de la fe de siempre. El cambio cultural, el “acontecimiento”, entendido como lo que viene de fuera y no es una mera consecuencia del pasado, constituye un desafío, pero también un lugar privilegiado para escuchar a Dios. Este principio encontró su aplicación práctica a la hora de la revolución estudiantil del año 68, en que De Certeau se implicó activamente (p. 235).

Álvarez acertadamente sitúa el núcleo de la divergencia entre los dos teólogos en la manera diferente de relacionar los conceptos-clave del lenguaje conciliar: el *ressourcement* y el *aggiornamento* (pp. 330-334). De Lubac reclamaba la primacía del primero: primero hay que dar un paso atrás, profundizar en el conocimiento de fuentes de la Tradición y, como se trata de una Tradición viva, allí se encontrarán las respuestas para las preguntas del mundo contemporáneo. Para De Certeau, era al revés: el primer *locus theologicus* es el presente. Gracias a las ciencias humanas, aprendemos en primer lugar quiénes somos, y sólo después podemos ir a la Tradición, moldeándola de nuevo para que nos pueda servir de luz para nuestros conflictos y dilemas.

La tercera –y última– parte del libro trata del “paso del cuerpo a la fábula”. Con esta expresión Álvarez denomina la forma madura del pensamiento

de Michel de Certeau y el distanciamiento definitivo entre él y Henri de Lubac, tanto en el plano intelectual como personal. El hecho más conocido que marcó dicho distanciamiento fue la inclusión por parte de Lubac de su antiguo discípulo como representante de la “posterioridad espiritual de Joaquín de Fiore”, como reza el título de su última obra (p. 449). No obstante, nos parece más interesante la comparación que el profesor Álvarez hace entre las dos visiones de la mística, contenidas, por un lado, en el *Corpus mysticum* y *Mystère et mystique* de Henri de Lubac y, por el otro, en *La fable mystique*, obra maestra de Michel de Certeau. Según De Lubac, la verdadera mística cristiana se basa en la lectura espiritual de la Sagrada Escritura. Eso permite al creyente ponerse en contacto con el misterio, prefigurado en el Antiguo Testamento y revelado en Jesucristo. La asimilación experiencial de ese misterio es precisamente la mística. Tal visión de la mística encuentra su realización en los Padres de la Iglesia y, luego, en la gran tradición de la exégesis medieval (pp. 353-362). El punto crítico de esa historia es el surgimiento de la escolástica, cuyo intelectualismo contribuye al debilitamiento de la relación estrecha entre la experiencia y la doctrina, dejando a la mística al margen de la tradición doctrinal.

Hasta este punto los dos jesuitas estaban de acuerdo. Donde difieren es, primero, en la interpretación de las siguientes etapas de la historia de la mística cristiana y, segundo, en el significado que esa historia tiene para la actualidad. De Lubac sostiene que la mística tradicional, a pesar del progresivo olvido que experimentó por parte de la teología académica, seguía y sigue siendo un camino abierto. También en la actualidad constituye un recurso principal para la renovación de la Iglesia, especialmente en la crisis posconciliar. Para aprovechar este recurso, hace falta volver a la tradición teológica genuina, oponiéndose tanto al sistema escolástico moderno, como a su fruto —el naturalismo reinante en la cultura del siglo XX—. Los textos de Michel de Certeau, entre ellos *La fable mystique*, revelan una postura bien diferente. A partir de sus estudios sobre la espiritualidad moderna, pero también (y quizás aún más) gracias a su familiaridad con el estructuralismo y el psicoanálisis, el jesuita de Grenoble subraya no tanto la continuidad, sino las rupturas en la tradición. La ruptura más importante es, para él, el “segundo nominalismo” del siglo XIV (pp. 402-408). Las especulaciones acerca de la potencia absoluta de Dios a que se dedicaban sus representantes les dejaron con la convicción que entre el ser divino y las palabras humanas no hay analogía. Así se abrió una fisura entre las palabras y las cosas (según la famosa expresión de Michel Foucault), que en la

modernidad efectuó el derrumbamiento de la metafísica. En el mismo momento la mística tradicional, fundada en las múltiples analogías entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, perdió su base ontológica. Los nuevos místicos, que proliferan en la modernidad temprana, ya no sitúan su experiencia en el marco estable del lenguaje eclesial, sino buscan nuevos caminos hacia un Dios innombrable, guiados solamente por el ardiente deseo de encontrarse con el Otro (p. 398).

La mística, entendida de tal manera, ya no es una corriente que alimenta a la doctrina y a la práctica oficial de la Iglesia, sino una manera de afrontar la crisis doctrinal, al margen de las instituciones y las normas. Lo que caracteriza la actitud de los místicos modernos es el gesto de ruptura respecto al pasado, ruptura en nombre de la búsqueda del *Deus semper maior*. En esa capacidad de romper con el pasado y trazar nuevos caminos De Certeau ve también el rasgo distintivo de la mística contemporánea, única que puede tener sentido en la sociedad poscristiana. Si De Lubac invita a la vuelta a la tradición, De Certeau sostiene que hay que vivir el luto por el cristianismo entendido como organización total del sentido (p. 391). Sólo así ese tendrá un futuro, ya no como cuerpo, sino como “fábula” –un núcleo de sentido, retomado de nuevo en cada cultura y sujeto a las relecturas sin fin–. Para De Lubac, tal visión de la mística aboca a un “vaciamiento cristológico” de la teología (p. 457). Esa ya no queda anclada en el acontecimiento único del cumplimiento de las Escrituras en Cristo, sino toma ese cumplimiento como un esquema para repetir. Así aboca a un progresismo que abusa de la terminología cristiana para proseguir fines que ya no tienen nada que ver con el Evangelio y la fe apostólica.

El libro de Carlos Álvarez seguramente tiene gran interés para teólogos interesados en el pensamiento de Henri de Lubac. El autor saca de la penumbra una relación personal e intelectual que, como demuestra, tenía para el futuro cardenal más importancia de la que le conceden sus biografías oficiales. A partir de este libro se puede ver como la figura de Michel de Certeau encarnaba esperanzas, decepciones y temores del gran protagonista de la *nouvelle théologie*, y como constituía para él un desafío constante, más interno que externo. La relación compleja entre los dos jesuitas puede servir también como un “todo en el fragmento” de la encrucijada en que se hallaron los eclesiásticos preocupados por el problema del distanciamiento entre la Iglesia y la cultura contemporánea a mitad del siglo XX.

Sin embargo, la obra del profesor Álvarez no tiene carácter puramente histórico. En la introducción a su libro, el autor define los objetivos que han

guiado la investigación en él contenida y el primero entre los tres enumerados es el deseo de comprender mejor, a través de los debates pasados, la crisis actual de la Iglesia (p. 18). A lo largo del libro el jesuita chileno expresa la convicción que el pensamiento de Michel de Certeau, tan insuficientemente conocido por los teólogos, puede aportar herramientas intelectuales para sobrepasar esa crisis. Siendo eso así, puede constituir una cierta decepción lo que sale a la luz en la conclusión del libro y que un lector cuidadoso podía divisar ya mucho antes. Resulta que el camino de la inmersión en las “ciencias humanas”, tomado por el autor de *La fable mystique*, le llevó a un distanciamiento progresivo respecto a la teología y acabó en un verdadero “vaciamiento cristológico”. ¿Qué contenido tendría un cristianismo incapaz de reconocer la continuidad de la Tradición y la presencia actual de su Hecho fundacional? Carlos Álvarez es bien consciente de la dificultad de responder a esta pregunta a base del pensamiento de Michel de Certeau. Las referencias a otros teólogos de la época, con ideas semejantes, pero menos radicales, testimonian que el proyecto certeliano no cumplió todas las esperanzas puestas en él. Sin embargo, eso de ningún modo hace de él un autor que carezca de importancia.

Andrzej PERSIDOK
Akademia Katolicka w Warszawie
DOI 10.15581/006.57.2.459

BIBLIOGRAFÍA: RESEÑAS DE LIBROS

